

*La crisis finisecular y la aparición
de los focos estratégicos contemporáneos
(1895-1905)*

ROSA PÉREZ RECUERO
Universidad Complutense

INTRODUCCIÓN

El análisis estratégico de las guerras anglo-boer, ruso-japonesa e hispano-norteamericana nos sitúan en un período histórico que se va a caracterizar por las grandes rivalidades y la conflictividad internacional, todo ello dentro de una coyuntura tan específica como pueda ser un cambio de siglo. En palabras de Stone: «El rasgo fundamental en el orden internacional es un proceso de cambio... cambio que se produce también en el orden interno de cada país.» A ello hay que añadir otra característica de finales del siglo XIX, y es que toma forma la política exterior de la época imperialista, imperialismo que «responde a la necesidad de los gobiernos de engalanar sus políticas interiores un tanto raídas». También Renouvin define este período histórico como «el impulso de los imperialismos»; no obstante, no es necesario detenerse a analizar las causas de cada conflicto bélico utilizando teorías sobre el imperialismo, y sí lo es reparar en los motivos, intereses y razones que movieron al mismo. Se puede afirmar entonces que en los últimos años del siglo XIX desfilan numerosas alarmas en el orden internacional, y que en los casos ruso-japonés, anglo-boer y Caribe obviamente se hacen realidad.

Pero esta ola de imperialismo no se produciría hasta 1886 aproximadamente, fecha en la que verdaderamente se convierte en causa popular: en 1899 los británicos entran en guerra con los boers; en 1898 los Estados Unidos y España, y Rusia y Japón lo hacen en 1904. No se trataba ya de la cuestión fortuita que fue en los comienzos de

1880 cuando se podía esgrimir el pretexto de que Africa había sido repartida «en un arrebatado de ofuscación». Ahora el imperialismo formaba parte de una propaganda coherente que comprendía aranceles, nuevos territorios y en general todo tipo de intereses económicos y geopolíticos. Otro de los intereses que moverá a los grandes Estados va a ser el deseo general de mejora de nivel de vida; nos referimos a un período próspero, de expansión industrial y de creación de grandes fortunas. En esta época los economistas empiezan a constatar la existencia de unos «ciclos económicos», pues los movimientos ascendentes y descendentes no podían ser disociados, ya que juntos eran un motor de crecimiento; véase Kondratief, que acertó al atribuir la gran explosión de desarrollo tecnológico de 1890 a la circunstancia de la precedente caída de precios.

Tampoco podemos olvidar que la psicología colectiva dominaba esta época en que el imperialismo y el nacionalismo eran causas populares; una considerable literatura la propagaba, los historiadores celebraban el pasado de sus naciones como una procesión de grandes hombres y grandes acontecimientos, aunque no es menos cierto que también generó todo tipo de teorías en contra.

En resumen, los gobiernos imperialistas de finales de siglo trataban en parte de encontrar soluciones externas a problemas internos, pero no siempre era así, ya que a menudo las guerras producían enormes pérdidas y los ejércitos y las armadas resultaban enormemente caras; en concreto la guerra anglo-boer supuso dos años en los cuales se movilizaron alrededor de 400.000 hombres y cuyo precio fue de 222 millones de libras. Verdaderamente en ocasiones la defensa costaba más de hecho que todas las reformas sociales que se pudieran hacer.

LAS GUERRAS

Llegado el momento de analizar cada uno de los conflictos, cabría decir, antes de nada, que en el origen de los tres —y siguiendo las teorías pluralistas sobre los conflictos internacionales— van a estar presentes motivaciones sociales, económicas, políticas e ideológicas. De igual modo están comprendidas en lo que Boulding define como conflictos político-sociales, en cuanto que se pone de relieve una incompatibilidad de futuras posiciones geopolíticas en la que cada parte contendiente es consciente de que aspira a ocupar una posición que es igualmente incompatible con las aspiraciones de la otra.

Tener en cuenta por último, y así lo dice Duroselle, que la existencia de un conflicto internacional presupone no sólo la presencia

de un contraste de intereses, sino también la de emociones colectivas que hacen posible el uso de la fuerza. A ellas me referí anteriormente y lo haré más adelante.

Las estrategias a seguir por los protagonistas de estos conflictos tendrán una característica nueva y especial: en lo que respecta a los objetivos e intereses, *la estrategia estará en función de la conquista de nuevos espacios territoriales.*

Partiendo de la base de que la guerra es el arte de apreciar la debilidad circunstancial del contrario y de aprovecharla, en los conflictos que ahora se van a analizar conviene fijarse en quién se aprovechó de la inferioridad del contrario y, en consecuencia, quién venció a quién.

Merece la pena pasar al análisis de cada conflicto en particular, comenzando por la *guerra del Caribe*. En América Central estaba en primer plano la cuestión del canal interoceánico que se hallaba unida a la suerte de las islas y costas que en el mar de las Antillas cubrían los accesos al futuro canal. En aquella zona la expansión americana intentaría eliminar los intereses de los Estados europeos, en este caso los de España. En el caso de Cuba, Pabón explica dos ideas básicas en las que se apoya la posición norteamericana: 1) Cuba es necesaria a la defensa estratégica de los Estados Unidos. 2) La isla puede ser obtenida mediante compra a España. Se pensaba que la colonia resultaba a España una carga costosa e indiferente, sujeto pasivo de una operación de compra-venta. Verdaderamente la situación geográfica de la isla resultaba esencial para la dominación americana del mar de las Antillas, especialmente al perfilarse la idea del canal de Panamá.

Según el Capitán de Navío Alfred Th. Mahan, el destino de un pueblo está ligado a su potencia naval y ésta no es posible sin bases exteriores; así las flotas requieren bases ultramarinas; se preconiza, pues, ligado al interés estratégico y militar una política de penetración económica exterior, inversión de capitales y conquista de mercados.

Los recursos de la colonia española eran muy considerables —caña de azúcar, tabaco, mineral de hierro—, y los capitales americanos habían sido ampliamente invertidos en las plantaciones y explotaciones mineras. Historiadores americanos han explicado también las razones económicas; el índice de producción industrial en los Estados Unidos y la acumulación de capital explica las presiones sobre Cleveland y Mackinley para abrir nuevas perspectivas de mercado e inversiones.

En cuanto a motivos psicológicos, también los había, y según Alledesalazar, la generación americana era «optimista, creativa y tremendamente cruel» con el potente crecimiento industrial que sigue a los

años de la «Conquista del Oeste» y el empuje de los hombres de empresa. El sentimiento de superioridad racial, así como en los beneficios que traerá la expansión más rápida posible de su esfera de influencia, se asentaba en la convicción de que la raza anglosajona «está destinada a desposeer a razas más débiles, assimilar otras y moldear las restantes hasta que haya anglosajonizado a toda la humanidad». Según el historiador americano Chidsey, «los Estados Unidos estaban deseosos de pelea como cualquier matón de taberna».

La posición española —dice Pabón— era salvaguardar Cuba evitando la intromisión armada de Estados Unidos y la guerra contra ellos. Y conservar Cuba por el convencimiento de que Cuba era un territorio español, no una colonia, y no puede comprarse o venderse como una mercancía. Sin embargo, España era consciente de que todas las cautelas eran pocas, pues no disponía de medios para sostener un conflicto armado.

La ayuda internacional a España fue nula. Inglaterra se afirmó en su posición de no arriesgar la amistad de Estados Unidos porque la convicción más fuerte de Balfour, Ministro del F. Office, era mantener siempre unidos a los pueblos anglosajones...

Sin más, cabe concluir que España quedó vencida en tres meses, viéndose forzada a abandonar no sólo Cuba, sino Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam.

El asunto del canal fue ganado por Estados Unidos, quien si bien Gran Bretaña, por el tratado de Clayton Bulwer, se había comprometido a no ejercer un control exclusivo sobre aquella vía marítima, sin embargo, después de 1880, el Presidente Hayes declaraba que puesto que el canal pondría en comunicación los puertos americanos del Atlántico con el Pacífico debería ser colocado bajo el control de los Estados Unidos. La cuestión quedó zanjada cuando, ganada la guerra por los mismos, pusieron el pie en el Pacífico tras la adquisición de las Filipinas y Guam, teniendo además a su favor que Gran Bretaña se encontraba con la guerra sudafricana entre manos.

Años más tarde —18 de noviembre de 1901—, por el Tratado de Hay-Pauncefote, el gobierno norteamericano hizo que se le reconociera el derecho de construir solo el canal y de establecer sus fortificaciones. La escuadra británica, que desde más de medio siglo vigilaba la zona de los Caribes, se retiró.

Trasladándonos a Africa, una crisis de gran relieve fue la *guerra de los Boers* (1899-1902), que, según Fieldhouse, «nació de la vieja rivalidad entre la colonia de El Cabo y el Transvaal, fomentada por el descubrimiento de los yacimientos auríferos del Transvaal durante el decenio 1880-99. Y hacia los yacimientos de oro y diamantes del Transvaal y el Orange se dirigirán los planes de la expansión británica.

De cualquier manera, Gran Bretaña no pretendía gobernar territorios tan alejados y dudó siempre entre la anexión y una política de no intervención.

Alrededor de 1895 los ingleses esperaban que la presencia de colonos británicos y europeos interesados por los yacimientos auríferos de Witwatersrand hicieran del Transvaal un Estado anglófilo; pero tal cosa sólo habría sucedido si los inmigrantes hubieran gozado de plenos derechos, que Kruger —Presidente del Transvaal— parecía decidido a no conceder. En 1895 Rhodes trató de vencer la hostilidad de Kruger enviando una expedición militar a Johannesburgo, operación que fracasó. Al poco tiempo los ingleses recurrieron a amenazas para arrancar los derechos políticos en favor de los inmigrantes, pero Kruger seguía negándose, hasta que en 1899 les declaró la guerra, seguro de obtener una rápida victoria gracias al apoyo de Alemania y de otras potencias europeas. Pero la guerra duró hasta 1902 sin que ninguna potencia europea interviniera en ella, ocupando los ingleses las repúblicas de los boers.

El Transvaal y el Estado libre de Orange fueron anexionados una vez más; gracias a esta guerra, Gran Bretaña pasaría a controlar las minas de oro y diamantes de Africa del Sur, respondiendo a los deseos de los grandes capitalistas que se dedicaban a explotar allí los citados yacimientos y en general a su intención de convertir al imperio británico en un gran bloque económico aislado de la competencia extranjera.

Nos queda por último, en el relato por separado de los tres conflictos, *el ruso-japonés*, cronológicamente el último.

Japón no tardó mucho en desarrollar su impulso imperialista, un partido expansionista miraba hacia el continente chino y hacia el sur, no deseándose tampoco la idea de expansionarse hacia Manchuria meridional, donde pensaba encontrar tierras cultivables para sus emigrantes, géneros alimenticios para salvar el déficit de su producción doméstica y el hierro y el carbón indispensable para su industria. Por otro lado, deseaba emplear su ejército y su marina recientemente occidentalizada y una posición reconocida como gran potencia en el sentido occidental.

Así, con el fin de imponer a Rusia un reparto de Manchuria y obligarla a evacuar la «cabeza de puente» coreana, no dudó en aceptar una guerra.

Ventajas con las que contaba Japón: un ejército en un teatro de operaciones muy próximo a sus bases, mientras que las tropas rusas sólo tendrían para enviar los refuerzos y el material el ferrocarril transiberiano de 7.000 kilómetros de longitud y cortado por el trasbordo de una a otra orilla del lago Baikal. Tras ocho meses de vanas negociaciones con Rusia, Japón inició la guerra con un ataque sor-

presa a las instalaciones rusas de Port Arthur, asegurándose así de momento la soberanía del mar.

En las operaciones de tierra en Manchuria también contaba Japón con ventaja por la superioridad numérica de su ejército. Parece ser, sin embargo, que a partir de octubre de 1904 las fuerzas se equilibraron.

La conquista de Manchuria se habría podido prolongar aún más por parte de Rusia, pero el gobierno del zar hubo de enfrentarse a un movimiento revolucionario que le obligaría a buscar la paz en Extremo Oriente.

Entró en juego entonces el Presidente Roosevelt, al que si bien no le interesaba una victoria clara de alguno de los bandos dado su puesto avanzado en las Filipinas, su oferta favorecería a los intereses rusos. Así, pues, el gobierno nipón se contentó con resultados parciales, y por el tratado de Portsmouth (29 de agosto de 1905) se le dio Port-Arthur y el ferrocarril sudmanchuriano, así como la parte meridional de la isla Sajalin, autorizándosele establecer un protectorado en Corea.

La expansión rusa sufrió un fracaso definitivo, lo que permitió al Japón poner el pie sólidamente en el continente asiático, así como dejar totalmente desorganizado al ejército ruso, que sería incapaz de desempeñar un papel eficaz en cualquier conflicto europeo.

LOS TRES CONFLICTOS

Como característica común a los tres conflictos destaca la importancia del factor económico, y se puede afirmar que en este momento un rasgo fundamental es la internacionalización de la economía, así como una interdependencia entre los grandes países a la cabeza del desarrollo económico y los países «subdesarrollados».

Territorios vacantes quedaban ya pocos, y extender los dominios coloniales suponía ahora verdaderas operaciones de guerra; luego la expansión toma una forma nueva, y en el caso de los Estados europeos se imponía asegurarse una zona de influencia privilegiada en países «nuevos» con recursos mineros, yacimientos, etc. La intervención de los Estados en la competencia comercial agravaba inevitablemente las rivalidades políticas, y la diplomacia económica y financiera ocupaba un lugar cada vez más importante en las relaciones internacionales.

Se podía mencionar incluso la incidencia del factor demográfico, que en algunos casos como en Japón el rápido aumento de población —en un país cuya superficie cultivable era limitada— provocó una

presión demográfica que proporcionó un argumento de peso a los partidarios de la política de expansión.

Y, como ya dijimos, la psicología colectiva, que se caracteriza por el vigor con que se establecía el sentimiento nacional; voluntad de afirmar frente a otros pueblos los caracteres del temperamento nacional; deseo de demostrar el poder del Estado y de asegurar su prestigio...

Las tres situaciones bélicas podría decirse que en general son el resultado de los choques surgidos entre los intereses económicos, las expansiones imperialistas y las corrientes de sentimientos nacionales.

La situación internacional de comienzos del siglo xx era de guerra total, de naciones en armas, de ejércitos de masas. El concepto de nación en armas llama ahora más la atención en cuanto que la potencia de los ejércitos profesionales y la racionalidad en la conducción de las operaciones hacía pensar a los ciudadanos en la ilusión de que la seguridad del Estado quedaba garantizada por la dedicación de una parte de la población a los problemas de la guerra.

FUNDAMENTOS DE HISTORIA ESTRATEGICA

A los tres conflictos se les puede aplicar la tacha de «guerra total», si recordamos las palabras de Mao Tse Tung: «la guerra es la forma suprema para resolver, en una etapa dada de su desarrollo, las contradicciones entre clases, entre naciones, entre Estados o grupos políticos. La guerra es el instrumento estratégico de una voluntad revolucionaria».

Nos encontramos con unas guerras que inauguran lo que la estrategia contemporánea sitúa en el nivel de la *estrategia total*. La visión tradicional de los ejércitos como el único instrumento de la estrategia ha quedado alterada porque lo que no se constituye en ejército se pone en consonancia con la finalidad de la guerra, con la posibilidad de hacerla total según un doble sistema de movilización, el militar y el ideológico, y porque se trata de una situación internacional que conduce necesariamente a la estrategia militar hasta el plano de la estrategia total, donde las concepciones políticas y los sistemas políticos mismos también están en guerra.

Otra de las formas de estrategia total sería la que Clausewitz llama «modo indirecto de la estrategia». Para él, «la estrategia de sus normas es total porque a través del éxito o el fracaso del instrumento militar estratégico empeñado en la batalla es como el Estado se juega el todo por el todo».

El tipo de imperialismo que se realiza en esta época, y que se basaba en la superioridad de las naciones civilizadoras, no tenía estructuras defensivas válidas actuando así, en términos de ofensiva rápida, ya que querían sacudirse cuanto antes la realidad de la guerra, y porque no podían tolerar la presencia del adversario.

CONCLUSION

En cuanto a las novedades que cabría destacar: 1) Que los Estados Unidos y Japón, países recién llegados al entramado de rivalidades internacionales, pretenden extender sus territorios o zonas de influencia a costa de los Estados y territorios europeos. 2) En relación con lo anterior, en la expansión entran en juego nuevos territorios y regiones del mundo. 3) Que la guerra ruso-japonesa es la primera auténtica guerra entre potencias occidentales originada por la competencia en la explotación de países subdesarrollados.

En los tres casos se observa una desigualdad entre los contendientes; así ocurre en los casos de España frente a los Estados Unidos; en los boers frente a Gran Bretaña y en Rusia —en cierto modo— respecto a Japón.

El análisis estratégico de la situación internacional de finales del siglo XIX y principios del XX nos corrobora las modernas definiciones sobre la estrategia, siendo una de ellas, la de André Beaufre, según la cual ésta sería el arte de emplear las fuerzas militares para alcanzar los fines determinados por la política; esto es, el arte de hacer concurrir la fuerza para conseguir el objeto de la política. Y ésta es la esencia de las modernas teorías estratégicas donde lo «global» del plan de fuerza es su conformidad con la *finalidad política* de una guerra (Beaufre, Aron, Kissinger...). Y si bien Raymon Aron distingue tres niveles en la historia militar: el *político* o de dirección de fuerza, el *estratégico* o de conducción de las operaciones y el *táctico* o de mando de unidades armadas, en la moderna historia militar, que es a la que nos queremos referir, destaca el nivel político como el rasgo más destacado, y así se ha querido demostrar.

BIBLIOGRAFIA

- Lecciones de historia militar*, ciclo teórico, Escuela Superior del Ejército, año 1980.
 STONE, Norman: *La Europa transformada: 1878-1919*, Siglo XXI, editores, S. A.

- FIELDHOUSE, David K.: *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*, Historia universal siglo XXI, vol. 29.
- PALACIO ATARD, V.: *La España del siglo XIX (1808-1898)*, Ed. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1981.
- RENOUVIN, Pierre: *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX*, Akal Editor.
- BOBBIO, N., y MAREUCCI, N.: *Diccionario de política*, Siglo XII editores.
- PABON, J.: *El 98, acontecimiento internacional* (*op. cit.* en la obra de Palacio Atard).
- ALLENDESALAZAR: *El 98 de los americanos* (*op. cit.* en el libro de Palacio Atard).
- WALTER LA FEBER: *The New Empire, an interpretation of American Expansion, 1860-98* (*op. cit.* en el libro de Palacio Atard).